

LOS MALOS PRIMOS DE AMERICA

¿Llegarán un día a parecerse los demócrata-cristianos de Roma a los del «partido hermano» chileno?

LA «dimensión mediterránea de Europa» parece ser actualmente la mayor preocupación de los presidentes Leone y Pompidou. No es probable, sin embargo, que la opinión pública italiana comparta sus inquietudes desentendiéndose del problema que figura para ella en el orden del día: el problema de Chile. Desde el 11 de septiembre, los partidos de izquierda en Italia se encuentran entre la espada y la pared: el drama chileno los obliga a reexaminar su propia estrategia y a responder a cierto número de preguntas relativas a la evolución posible de su sociedad.

¿Por qué los acontecimientos chilenos afectan a Italia más que a ningún otro país europeo? La explicación más corriente es la de que los italianos son especialmente sensibles a toda manifestación de fascismo y que el país está muy politizado. Pero existe una razón mucho más sencilla: desde el 16 del pasado julio, Italia está gobernada por una coalición cuyos dos pilares son la democracia cristiana (la D.C.) y el Partido Socialista (el PSI), es decir, dos movimientos estrictamente homólogos de los que en Chile se enfrentaron sin misericordia antes, durante y después del golpe de los generales fascistas. La similitud rebasa ampliamente la coincidencia de las siglas: la D.C. italiana es la hermana mayor de la D.C. chilena, y el PSI es, de todas las organizaciones socialistas, la que más cerca está del partido de Salvador Allende.

UNA OPOSICION «DISTINTA»

Los demócrata-cristianos italianos han dado siempre muestras de una vocación «popular», reformista incluso, y, al igual que sus amigos chilenos, se muestran orgullosos de su ascendiente sobre la clase obrera. (En Chile, los militantes de la D.C. se reunían en el sindicato universitario, el CUT, junto a los socialistas y los comunistas). En Roma, lo mismo que en Santiago, un demócrata-cristiano no se dice jamás conservador (lo que no ocurre siempre en Alemania Federal, por ejemplo). En cuanto al partido socialista italiano, lo mismo que la organización

que encabezaba Allende, ha rechazado el anticomunismo de la guerra fría y ha mantenido un diálogo cuando menos abierto con el partido comunista.

El PSI abandonó, es cierto, el «frantismo» —tras darse cuenta de su poca eficacia política— y acabó por aceptar, a partir de 1962, la participación en gobiernos presididos por los demócrata-cristianos, pero es evidente que los comunistas no le guardan por ello ningún rencor. Es más, la propia aspiración —medio confesada— del PCI es la de seguir el ejemplo de los socialistas, participando en lo que el partido califica de «nueva mayoría». El 16 de julio pasado, cuando Mariano Rumor formó el nuevo gobierno de «centro izquierda», los comunistas se congratularon públicamente e incluso se comprometieron a practicar una «oposición de tipo distinto», presionando sobre los sindicatos para que aceptasen una tregua social.

Claro está que la finalidad de esa nueva orientación no es la de gobernar, mano a mano con los demócrata-cristianos, a la sociedad tal y como es, sino la de arrastrar a una D.C. sometida a la presión de su propia base a una vía de reformas para llegar progresivamente, dentro de la legalidad, a la realización de toda una serie de cam-

bios socialistas. ¿Qué queda hoy, después del drama chileno, de las esperanzas cifradas en una transición tan armoniosa? Esta pregunta no se la formulan sólo en Italia, pero los italianos están obligados a prestarle una atención especial debido precisamente al papel que desempeñó la democracia cristiana en la crisis chilena.

Todo había comenzado en 1970 bajo los mejores auspicios: la victoria de Allende debía, lógicamente, entusiasmar tanto a los partidarios de la «vía italiana» como a los del «programa común» francés. En efecto, si la Unidad Popular, con Allende a la cabeza, ganó las elecciones presidenciales, fue sólo gracias a la decisión de la D.C. (dirigida entonces por Renán Fuentealba y Tomic) de aceptar al candidato mejor situado y de rechazar una posible colación con el derechista Jorge Alessandri. Obrando de ese modo, la D.C., a la vez que aceptaba las reglas del juego, se mostraba dispuesta a favorecer las posibles reformas de las que tan necesitado estaba Chile para salir de su marasmo económico y social. El gran partido católico creaba en cualquier caso un precedente al votar sin prejuicios partidistas por el «candidato marxista» a la magistratura suprema del país. El «New York Times» escribió por

aquel entonces que Italia se aprovecharía de aquella experiencia para preparar «spaghetti socialistas con salsa chilena».

Pero en Chile, la buena disposición de la D.C. duró muy poco: los demócrata-cristianos habrían tolerado sin duda a Allende si se hubiese limitado a sanear el sistema y a aumentar el rendimiento de los trabajadores. De ningún modo podían aceptar, sin embargo, las reformas más avanzadas que exigía la base de la Unidad Popular. Y ahora ya sabemos que cuando un partido demócrata-cristiano dice «de ningún modo», es que se propone imponer su decisión respetando la legalidad si es posible, y ayudando a su violación si se hace necesario. Por lo que respecta a este punto, la historia chilena de los diez últimos meses no podría ser más aleccionadora.

Hasta marzo de 1973, los demócrata-cristianos confiaban de hecho en una victoria en las elecciones legislativas para poder derrocar legalmente a Allende. Habiendo constituido una coalición, bajo su égida, de las fuerzas de la derecha, los demócrata-cristianos esperaban obtener en el Parlamento los dos tercios de votos necesarios para destituir al presidente. Olvidando toda divergencia y todo escrúpulo, convocaron a los *momios* más reaccionarios, pero fracasaron. A pesar de la inflación y la crisis económica, la Unidad Popular llegó incluso a mejorar de manera sensible sus posiciones con respecto a las elecciones presidenciales. A partir de entonces, la máquina política en el seno de la D.C. se volvió totalmente loca, y el partido, dirigido por los duros, como Patricio Alwyn y Eduardo Frei, decidió aumentar la apuesta.

LOS «SALVADORES DE LA LIBERTAD»

¿De qué modo? La respuesta la dio el auténtico promotor del golpe del 11 de septiembre, el general de aviación Gustavo Leigh, en una entrevista concedida al corresponsal del «Corriere della Sera»: «Comenzamos los preparativos para el derrocamiento de Allende en marzo de 1973, es decir, inmediatamente después de las elecciones legislativas».

Si Leigh empleó en esa frase la primera persona del plural, no fue

El nuevo régimen militar trata de borrar toda traza de los partidos de izquierda existentes en el país antes de la sublevación militar.





«El Mercurio», de la oligárquica familia Edwards, fue el primer diario en aparecer después del golpe de Chile.

por simple megalomanía de general: con el plural se refería indudablemente a los demócrata-cristianos, quienes estuvieron al corriente en todo momento de lo que se estaba tramando. Por más que, durante el verano, fingiesen negociar una tregua con Allende. Más aún, «Il Giorno» reveló que el grupo parlamentario de la D.-C. había discutido del apoyo a conceder a los generales facciosos el 10 de septiembre, es decir, veinticuatro horas antes del golpe!

Lo más sorprendente de toda esta historia no es tanto el que la mayoría se mostrase favorable al golpe, sino el hecho de que los de la minoría considerada izquierdista, los Fuentealba, Tomic, Leighton, etcétera, aceptasen participar en semejante discusión, como si se tratase de resolver un simple problema técnico o de llevar a cabo una operación política normal en las democracias parlamentarias. Y esto no es todo: el 13 de septiembre, dos días después del asesinato de Allende, cuando ya habían tenido lugar las primeras matanzas fascistas, Patricio Alwyn saludó, en nombre de su partido, a «los militares salvadores de la libertad chilena». Frei confiaba abiertamente en que el general Pinochet, militante de su partido y viejo amigo suyo, le llamaría muy pronto para que ocupase la presidencia de la República.

Ha sido, pues, mucho más fácil arrastrar a la democracia cristiana por la vía del fascismo que por la de las «reformas avanzadas».

Pero figura en el «dossier» de Chile una ficha que tiene una relación directa con Italia. El 6 del pasado junio, con motivo del congreso anual de la D.-C. italiana, celebrado en Roma, Eduardo Frei acudió a presentar el fraternal saludo de su partido. En su discurso, uno de los más festejados, Frei lanzó una serie de ataques nada diplomáticos contra el presidente chileno. A pesar (o tal vez a causa) de ello, el presidente Leone le recibió en el Quirinal con los honores que generalmente se reservan para los Jefes de Estado. El entonces primer ministro Andreotti le garantizó, por su parte, que serían suspendidos hasta nueva orden todos los créditos prometidos a Chile.

¿Informó Frei entonces a sus amigos de los medios que pensaba utilizar para volver a hacerse con el poder? Parece ser que no, pues el comunicado oficial de Patricio Alwyn en apoyo del golpe sembró la confusión en la sede de la D.-C. italiana en la plaza de Gesù, de Roma. Allí se llegó a decir en un principio que la traducción del español era defectuosa, para minimizar luego la importancia de la Internacional demócrata-cristiana (presidida por Mariano Rumor, actual primer ministro), recordando el carácter puramente consultivo de ese organismo.

Y es que defender a Frei, a Alwyn y sus amigos equivaldría a provocar inmediatamente una crisis gubernamental difícil de resolver. Esta vez los socialistas se

muestran profundamente emocionados. En el comité directivo del PSI, reunido urgentemente, los paladines del nuevo «centro izquierda» se quedaron al parecer sin voz, mientras que el líder del ala izquierda, Riccardo Lombardini, y los amigos del antiguo secretario general, Giacomo Mancini, pidieron que se abandonase la estrategia fundada en una hipotética evolución progresista de la democracia cristiana. Lombardini llegó incluso a afirmar que el problema del cambio de óptica afectaba lo mismo a los comunistas que a los socialistas, y de manera más general a toda la izquierda europea.

Los comunistas, por su parte, reaccionaron con vehemencia contra los golpistas, pero se mostraron más bien moderados hacia los demócrata-cristianos. El PCI creyó su deber defender a «la izquierda de la democracia cristiana chilena», que se había «conducido bien» en todo momento, oponiéndose a ese «repugnante personaje» que es Eduardo Frei. Se trataba, sin duda, de justificar al mismo tiempo la táctica de los comunistas chilenos, que el año pasado eran los más ardientes partidarios del diálogo con la D.-C., así como de salvar la estrategia del propio PCI, que incluye la búsqueda de una «nueva mayoría» junto a la democracia cristiana italiana.

Esta posición no tiene nada de cómoda, sobre todo si tenemos en cuenta que los grupos extraparlamentarios disponen en Italia de dos diarios («Il Manifesto» y «Lotta

Continua») que publican cotidianamente informaciones —desagradables para los comunistas— en torno al debate interno en el seno de la Unidad Popular y a la flagrante colusión entre la totalidad de la D.-C. chilena a los futuros golpistas. El PCI se agita por la base.

«Los demócrata-cristianos defienden la democracia mientras constituyen mayoría, pero cuando pierden la hegemonía se alían a los racistas y preparan el camino para los asesinos de trabajadores»; a esta frase, extraída del discurso de un socialista «manciniano», los comunistas sólo pueden contestar que «Italia no es Chile». Ya no les es posible afirmar que basta con «salir bien en las próximas elecciones» para que todo se arregle automáticamente: como el camino del reformismo está sembrado, según se ha visto, de dolorosas asechanzas, habrá que precisar en adelante con quién y cómo se llevarán a cabo esas saludables reformas sin atraerse las iras de eventuales «salvadores de la democracia».

«LLAMEN A LOS CARABINEROS»

Mientras tanto, la totalidad de la izquierda, tanto la parlamentaria como la extraparlamentaria, parece estar de acuerdo al menos en un punto: no permitir al gobierno Rumor que reconozca a la Junta. El 28 de septiembre, «Paese Sera» difundió la noticia de la llegada de un avión militar chileno, a cuyo bordo viajaba, procedente de Madrid, el nuevo embajador de los golpistas. Los grupos extraparlamentarios dieron inmediatamente la señal de alarma y pidieron a la población que le impidiese llegar hasta la Embajada. El portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores aseguraría, sin embargo, que tales medidas eran inútiles: «Si ese señor trata de entrar en la sede de la representación chilena, llamen simplemente a los carabineros, que le detendrán por violación de domicilio».

La noticia de la llegada del embajador resultó ser falsa; no hicieron falta ni militantes ni carabineros. El ambiente sigue estando, sin embargo, muy cargado en Roma, donde todavía puede estallar una crisis gubernamental a propósito de los acontecimientos chilenos, mientras que los contrastes entre los partidos tradicionales y las divisiones en el interior de los mismos nunca habían alcanzado tal grado de exacerbamiento. ■ K. S. KAROL.